

Ayer se celebró en el Retiro la revista de la Falange de Madrid

MADRID.—Con un día espléndido y una perfecta organización se verificó en el Retiro ayer por la mañana la concentración de la Falange de Madrid.

En el centro del pasaje de Coches, y a la altura de la Rosaleda, sobre una doble plataforma, fué erigido el altar para la misa de campaña. Flanqueaban el ara, coronada por una gran cruz, de líneas sencillas altos mástiles al borde de la avenida, con banderas y reposteros, y a uno y otro lado se situaron los camaradas a quienes iba a ser impuesta la medalla de la Vieja Guardia. Frente al altar formó la banda de cornetas y tambores del Frente de Juventudes y tras ella las centurias de la Vieja Guardia y de excombatientes, las unidades de todos los distritos de Madrid, bandera ciclista, centuria de montañeros y centurias de cadetes. La formación magnífica producía un efecto impresionante de disciplina y marcialidad.

Terminado el santo sacrificio se celebró la bendición de guiones e imposición de medallas. Después de haber en tonos patrióticos el jefe provincial, desfiló ante las jerarquías todas las fuerzas falangistas con admirable orden entre grandes aplausos.

abriga de que Su Excelencia el Jefe del Estado y su Gobierno, que tan grandes muestras de catolicidad y de veneración al Santísimo Padre viene dando ha de interponer su valiosa influencia para que las naciones de uno y otro bando beligerante, por respeto al Papa, jefe espiritual de millones de católicos de todo el mundo, y a la Eterna Roma, lugar de venerandas reliquias cristianas, y toda el a insustituible monumento de la historia y civilización de Europa, consideren y respeten a Roma como ciudad abierta, que no ha de convertirse en campo de batalla.

Dígnese, señor ministro, hacerse intérprete de estos sentimientos del Episcopado español ante Su Excelencia el Jefe del Estado y su Gobierno.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

Madrid, 24 de marzo de 1944.
Por el Episcopado español,
† Enrique, arzobispo de Toledo (rubricado).

Con palabras de culpa y reconocimiento de esperanzas, la palabra del Sumo Pontífice ha sido escuchada en todo el mundo. Ante la mole imponente de San Pedro, una angustiada multitud de católicos ha sentido el peso de la responsabilidad del momento; tras ellos quedaban diseminados en todos los lugares de la tierra los millones y millones de creyentes que esperan con angustia de la amenaza a la Ciudad Eterna y al recinto sagrado de la Ciudad del Vaticano.

Las oraciones y las súplicas del Sumo Pontífice no se han limitado a implorar por los que sufren en Roma. Las plegarias del Papa, elevadas al Cielo, piden por las mujeres y niños, por los viejos y los seres indefensos que han encontrado la muerte en muchas ciudades europeas, en muchos lugares de la tierra. Si Pío XII de rodillas, con los brazos en cruz, ha orado y ha dirigido sus súplicas al Altísimo, lo ha hecho con la vista puesta en los seres despedazados, pensando en los muertos y en los heridos, en los mutilados y en todos aquellos que sufren.

El mundo católico, conmovido por la exhortación del Papa, dirigida a los beligerantes para que Roma sea respetada, ha dejado oír su clamor unánime, de fervorosa adhesión filial al Sumo Pontífice para que su deprecación sea escuchada y el recinto de la Ciudad Eterna—foco de irradiación espiritual de la gran comunidad de fieles católicos—preservado de los horrores de la guerra.

De los más apartados rincones del mudo llegan testimonios de apoyo a los anhelos pontificales y se alcanzan súplicas dirigidas a los hombres responsables de uno y otro bando combatiente, a fin de que no echen sobre sí la responsabilidad de una acción que la Historia no justificaría jamás.

No sólo los Príncipes y dignidades de la Iglesia de las cinco partes del mundo, sino políticos y jefes de Estado, hombres de ciencia, figuras preeminentes de la intelectualidad de todo el orbe han prestado su adhesión a los ardientes deseos de Pío XII y, de una manera expresa, se han anticipado a condenar una acción bélica sobre la ciudad romana que nunca podría disculparse por cualesquiera razones militares o políticas, que uno u otro beligerante pudieran esgrimir.

Con sólidas argumentaciones de Derecho internacional, muchos ilustres tratadistas han fundamentado el derecho que Roma tiene—como centro espiritual del mundo católico y sede del más puro tipo de Estado neutral y neutralizado—a ser eximida de los efectos devastadores de la contienda.

En los últimos días ha renacido una atmósfera de optimismo y todo permite esperar que la voz del Pontífice será escuchada por los beligerantes.

Este es el fervoroso anhelo de todo el mundo católico y en particular de los españoles que hoy más que nunca expresan su filial devoción al Pontífice de Roma.

“Cassino ha refrenado la apertura del segundo frente,”

“Gran impresión en el Mando Aliado ante la enorme resistencia de los soldados del Reich,”—“Esta lucha nos indica lo que nos espera en el Oeste,” así escribe el “Daily Herald,”

La guerra de nervios

y sólo guerra de nervios dicen que es la última alocución que, en presencia de tres generales estadounidenses, pronunció el primer ministro británico. Este honorable señor anunció una vez más—ya hemos perdido la cuenta de las veces que esto ha ocurrido—que el día para la invasión terrestre anglo-yanqui sobre Europa, dada por decisión, está acercándose.

Mister Churchill predijo el acontecimiento en la revista que efectuó el viernes a la infantería aérea yanqui, ahora destacada en suelo inglés. Al mismo tiempo casi, aunque con ocasión distinta, otro jefe de la Gran Bretaña, el famoso Montgomery, el antiguo jefe del octavo ejército británico, echó también su cuarto a espadas de «profecías» y afirmó, optimista pero prudente, que los aliados no ganarán la guerra hasta 1945. Es un año más sobre la fecha esculpida en la esperanza yanqui por otro jefe militar, el generalísimo de la tan cacareada invasión, Eisenhower, que auguró en las postrimerías de 1943 que los aliados ganarían la guerra de Europa en 1944. El presidente Roosevelt abundaba entonces de consuno en iguales cálculos. El tiempo solo quitará razón o la dará a estos señores que confunden sus deseos con lo que la gente llama profecías. Profecías que, como fabricadas por hombres que no saben una palabra del porvenir, fallan con una facilidad asombrosa; sólo

Dios Nuestro Señor es el que sabe el futuro.

El tiempo irá descubriendo todo. Pero siendo la guerra un negocio complicadísimo, preñado de dificultades mil, donde más se debe esperar lo inesperado que lo esperado, semejante cascada de continuos propósitos contradictorios, más confunde que orienta, aunque puede que a la postre eso solo se persiga, pues la guerra de nervios es tan importante como la otra guerra de las armas. Sin embargo la guerra de nervios trabaja como un peligroso instrumento de dos filos y desorientación, que no puede limitar sus efectos únicamente al campo adversario. Esta es la verdad.

En los Estados Unidos

la opinión pública sigue insistiendo en pedir por todos los conductos, el Parlamento, la radio y la prensa, más información sobre la guerra, más información sobre los fines de la guerra. No obstante, la materia debe ser muy difícil de abordar o de procurar, ya que aun mediando generosa la voluntad del Gobierno yanqui, se consigue poco en este aspecto, cosa bien demostrada en la reunión que tuvieron Hull, secretario del Departamento de Estado, y las primeras figuras parlamentarias de la oposición republicana. Algo se ha traslucido de lo hablado entre esos señores. Ese algo es que el plan de Roosevelt sobre la Alemania de la postguerra, luego del triunfo aliado, no ha recibido

la conformidad de Inglaterra ni de Rusia. La negativa británica fué parcial; la rusa total. Hull reafirmó su declaración de que las cuestiones de fronteras, en orden a los postulados de la Carta del Atlántico, sea dejado a un lado hasta que la guerra concluya, único modo para que no se tiren los trastos a la cabeza los hoy Unidos para vencer al Japón y a Alemania. El fervor bélico, a cuenta de esto, va desapareciendo en aquel país.

Miranda a Italia

La batalla llamada de Cassino acapara la atención de la prensa británica que muestra su disgusto por la lentitud de la misma. El crítico militar del «Daily Herald» cree que el mantenimiento de la resistencia alemana ha refrenado la apertura del segundo frente—porque es indudable que la situación actual habrá impresionado al Mando aliado, que tiene así una ligera indicación de lo que ha de ser la resistencia del adversario cuando se produzca la invasión. Esta lucha en Cassino es muy aleccionadora y crean la mayoría de los críticos ingleses que va a ser un fantasma comparada con la realidad espeluznante de unas fortificaciones formidables en toda la costa atlántica guardada por lo mejor en todos los órdenes que actualmente posee militarmente Alemania.

Tres lecciones importantes se derivan de la actual lucha en Italia. La primera, la de que los bombarderos aéreos no pueden abrir paso a los Ejércitos cuando se tropieza con una fuerza enemiga colosal determinada a extremar su defensa. La segunda, relacionada con los movimientos de Clark, enseña que la mejor capacidad táctica no logra vencer la resistencia adversaria si la infantería enemiga conserva posiciones vitales para la resistencia. A este respecto el diario inglés—cuyo pensamiento estamos reflejando—hace un significativo comentario al escribir que «para alcanzar la victoria hay que ser capaz de combatir mejor que el enemigo y hoy por hoy nuestras tropas—con excepción del octavo ejército—son fuerzas bisoñas que han de enfrentarse con las más veteranas unidades alemanas, por lo que queda explicado el retardo en alcanzar una solución que tanto hubiera beneficiado al segundo frente.

Tercera lección

que deduce el comentarista es la de que

tra Sagrada Personalidad y la Ciudad del Vaticano y sean evitados, por uno y otro bando beligerantes, los daños a Roma, corazón de la cristiandad y madre espiritual de todos los hijos fieles del Vicario de Cristo esparcidos por todas las partes del mundo. Conocéis bien Santísimo Padre, la tradicional devoción de los obispos y fieles españoles a la Silla de Pedro. Contad con ella, muy especialmente en los tormentosos tiempos presentes; en seguir indeclinablemente vuestras enseñanzas, en seguirnos y acompañarnos en el camino de todos los sacrificios, en orar con Vos, sentir con Vos, trabajar unidos a Vos hasta la muerte. Que el Señor conserve a su Vicario en la tierra y prolongue su vida y le haga dichoso en la tierra y no le entregue al perverso ánimo de sus enemigos. En la fiesta de San José, Patrono de la Iglesia universal, año de 1944. Por el Episcopado español, Enrique, arzobispo de Toledo, Primado de España.—Cifra.

Dos emocionantes despachos

También han sido cursados los siguientes despachos:

A Su Santidad Pío XII.—Conmovido el Episcopado español no sólo por la trágica situación del mundo a causa de la prolongada y devastadora guerra mundial, sino también a causa de las violaciones ya cometidas de la independencia y sagrada neutralidad de la Ciudad del Vaticano, y por los peligros que acechan a la Eterna Roma con sus venerandas basílicas y sagrados sepulcros, acude respetuoso ante Vuestra Santidad con su filial homenaje colectivo en esta hora de prueba, uniendo sus fervientes plegarias y las de sus diócesanos a las Vuestras, a fin de que cese este terrible azote de la guerra, merecidísimo castigo por el desprecio de las leyes de la moral cristiana y equitativa, y de una manera especial para que sea guardada incólume Vues-

tra Sagrada Personalidad y la Ciudad del Vaticano, y sea evitados por uno y otro bando beligerante los daños a Roma, corazón de la Cristiandad y Madre espiritual de todos los hijos fieles del Vicario de Cristo, esparcidos por todas las partes del mundo.

Conocéis bien, Santísimo Padre, la tradicional vocación de los obispos y fieles españoles a la Silla de Pedro. Contad con ella muy especialmente en los tormentosos tiempos presentes en seguir indeclinablemente vuestras enseñanzas, en seguirnos y acompañarnos en el camino de todos los sacrificios, en orar con Vos, sentir con Vos, trabajar unidos a Vos hasta la muerte.

Que el Señor conserve a su Vicario en la tierra y prolongue su vida y le haga dichoso en la tierra y no le entregue al perverso ánimo de sus enemigos. En la fiesta de San José, Patrono de la Iglesia universal, año de 1944.—Por el Episcopado español, Enrique, arzobispo de Toledo, Primado de España.

Al excelentísimo señor ministro de Asuntos Exteriores.

«Excelentísimo señor: El Episcopado español, ante los gravísimos peligros que acechan a la Ciudad del Vaticano y a la misma Sagrada Persona de Su Santidad Pío XII, ha creído un deber enviar a Su Santidad el mensaje colectivo, cuya copia tengo el honor de adjuntar. Mas al propio tiempo que da de ello cuenta al Gobierno español, acude al mismo por medio de vuestra excelencia a fin de manifestar la confianza que

guardada incólume Vuestra Sagrada Persona y la Ciudad del Vaticano, y sea evitados por uno y otro bando beligerante los daños a Roma, corazón de la Cristiandad y Madre espiritual de todos los hijos fieles del Vicario de Cristo, esparcidos por todas las partes del mundo.

Conocéis bien, Santísimo Padre, la tradicional vocación de los obispos y fieles españoles a la Silla de Pedro. Contad con ella muy especialmente en los tormentosos tiempos presentes en seguir indeclinablemente vuestras enseñanzas, en seguirnos y acompañarnos en el camino de todos los sacrificios, en orar con Vos, sentir con Vos, trabajar unidos a Vos hasta la muerte.

Que el Señor conserve a su Vicario en la tierra y prolongue su vida y le haga dichoso en la tierra y no le entregue al perverso ánimo de sus enemigos. En la fiesta de San José, Patrono de la Iglesia universal, año de 1944.—Por el Episcopado español, Enrique, arzobispo de Toledo, Primado de España.

CHURCHILL

habla por radio a su pueblo

“La hora de nuestro máximo esfuerzo se aproxima”

LONDRES, 26.—El primer ministro Churchill, en su discurso radiado que pronunció esta tarde dijo: «Indudablemente las buenas noticias sup-ran con mucho a las malas y el progreso de las naciones unidas hacia su objetivo ha sido sólido, continuado y acelerado. Esperamos que el fin de nuestra marcha se realice en forma satisfactoria. La tragedia que amenazaba no se reproducirá. Aquel que intente profanizar cuando, cómo y en qué circunstancias llegará la victoria, es en verdad un hombre temerario, pero la victoria lo hará. Esto por lo menos es cierto. Es igualmente cierto que la unidad proyectada de fines y acción y el designio único que se manifiesta entre todos los británicos y entre sus aliados del extranjero la harán llegar antes.»

«Compensamos los fracasos aliados en el Mediterráneo»

Después de haber recordado las campañas del norte de África y Sicilia y la historia de la caída de Mussolini, Churchill prosiguió:

Ocupamos hoy una tercera parte de la península italiana. Nuestros progresos no fueron tan rápidos ni decisivos como habíamos esperado. No dudo quedaremos victoriosos, tanto en la cabeza de puente de Anzio como en el frente principal del sur y que Roma será liberada. Entretanto apartamos de la lucha sesenta y seis divisiones italianas y retenemos casi veinticinco divisiones, una parte notable de aviones alemanes, en tanto que acontecimientos todavía más importantes, que exigirían su presencia en otros lugares son inminentes. Quedamos decepcionados en el mar Egeo y en esas numerosas islas que todavía no logramos dominar, pero estos fracasos en el Mediterráneo oriental están más que compensados por la situación que se evidencia en Hungría, Rumania y Bulgaria, y la actividad continua de las guerrillas griegas y, sobre todo, por la lucha heroica de los partidarios yugoslavos bajo el mando del mariscal Tito. En el próximo (Continúa en 4.ª página)



El camarada Sanz Orrío impone al Secretario Nacional de Sindicatos, camarada Norte, al Orden del Yugo y las Flechas.—(Foto S. O. F.)

